

# El Comienzo del Fin

## El Comienzo

**Los Griego**  
**febrero de 1598**  
**Santa Bárbara, Nueva España**



Con la primera luz del día, desde la oscuridad de la noche, Santa Bárbara poco a poco comienza a mostrar signos de vida. El sonido del primer movimiento de la gente se entremezcla con los sonidos de la naturaleza que también cobran vida desde su sueño.

Juan abre los ojos y se los frota, mirando instintivamente hacia la ventana para discernir la hora. La luz de la luna dificulta determinar la hora exacta, pero los sonidos de un nuevo día resultan familiares. Respira profundamente, junta las manos ante él y se inclina levemente ante ellas, agradeciendo en silencio a Dios por un día más de vida. Se plantea si darse la vuelta y dormir un poco más o no. Sabe que hoy es un día ajetreado y, aunque le encantaría quedarse en la cama, sabe que probablemente debería levantarse. Estira los brazos por encima de él y al mismo tiempo apunta los dedos de los pies hacia abajo lo más que puede sintiendo que la vida comienza a regresar a su cuerpo que todavía está dormido, a pesar de que él ya está despierto. Se frota las manos delante de él y realiza un masaje metódico, comenzando primero con cada uno de los dedos de sus manos, luego bajando por las muñecas y siguiendo por el resto de los brazos.

Se ríe para sí mismo, pensando en cómo su abuela le había enseñado a <<darle vida a la piel>> cada mañana, como a ella le gustaba llamarlo. Sigue siendo un hábito después de todos estos años. Después de que ella le enseñó a hacerlo, a veces él se detenía al terminar con los brazos y ella lo reprendía diciéndole que tenía que hacerlo de pies a cabeza, para despertar correctamente. No hacerlo, según ella, podría ser un mal augurio para el día. Considerando la importancia de todo lo que tiene que hacer hoy, y como obedeciendo los deseos de su abuela, continúa el proceso, masajeando lentamente sus pies, piernas, torso y terminando finalmente llegando hasta la coronilla. Se despeina el pelo cuando termina, tal como también solía hacer su abuela con él.

Se pone de lado y mira a su bella esposa. Al principio apenas puede distinguir el contorno de su rostro mientras que sus ojos se ajustan a la luz. Luego sucede algo mágico. Mientras la observa, la luz de la luna que entra por la ventana, que hace unos días estaba llena y ahora está menguante pero aún brillante, ilumina su cuerpo hasta el cuello. En lugar de levantarse de inmediato, él permanece allí, observándola mientras duerme. A medida que la luna se mueve, ve su luz moverse muy lentamente por su cuello y luego hasta su barbilla. Él queda hipnotizado. Durante los siguientes minutos, la luz sube hasta su boca y nariz, iluminando finalmente todo su cuerpo.

Mientras la mira, piensa en su vida juntos. No puede creer cómo ha cambiado su vida desde que la conoció. Aunque parezca toda una vida, sólo ha pasado poco más de un año desde que se conocieron en la celebración del día de la cosecha. Él sonrío, pensando en la primera vez que la vio. En lo que a él concernía, ella era la chica más bonita del baile. Al principio se sintió intimidado por su belleza. Si bien Juan había estado con algunas mujeres a lo largo de su vida, por alguna razón u otra nunca hubo un sentimiento especial con ninguna de ellas y la relación más larga que ha tenido ni siquiera ha llegado a un año. Él siempre encontraba algo malo en cada una de ellas, o por el contrario, ellas encontraban sus defectos. De algún modo, sentía que las cosas podrían ser diferentes con esta chica. Realmente no podía explicar el por qué, era solamente un sentimiento que tenía en el momento.

María era nueva en la ciudad y, como tal, esa noche tuvo muchos pretendientes que la invitaron a bailar. Mientras tanto, Juan se quedó atrás de los bastidores, observando y analizando su reacción ante cada uno de los que se acercaban a ella buscando su atención. Ella era cordial, pero evasiva, rechazando a cada uno que se le acercaba. Al día siguiente, como si estuviera en una misión de Dios, Juan se propuso aprender todo sobre ella. De dónde venía, su color favorito, lo que le gustaba y lo que no le gustaba. Sólo después de tener toda esa información, se acercó a ella y le preguntó si podía ser su pretendiente. Ella le vio como si fuera loco. El le dijo lo que había hecho y detalló todo lo que él sabía de ella. Inclusive le enseñó la información que había recopilado. Ella se rió al ver lo que hizo y aceptó su propuesta. El resto es historia.

Se casaron hace poco más de un año. Juan considera todo lo que ha transcurrido. Ciertamente ha habido desafíos y no todo ha sido color de rosa, pero a pesar de algunos obstáculos en el camino, aquí están juntos, listos para embarcarse en otra aventura en la vida. Durante el año pasado, además de casarse, también se mudaron de Zacatecas, a Santa Bárbara. La promesa de abundante trabajo y la posibilidad de reclamar tierras en el norte los trajo aquí hace varios meses, pero hasta ahora la expedición no ha comenzado.

Aparentemente hoy era el día en que finalmente iban a ponerse en marcha, pero ya habían escuchado esa misma melodía cantada varias veces desde su llegada, sin ningún ritmo resultante que la acompañara y convirtiéndola en no más que ruido. Juan tiene dudas sobre si sucediera y cuándo. Recibieron llamados a la acción similares durante las últimas semanas, solo para ser cancelados por una razón u otra.

Juan no se va a molestar pase lo que pase. Si sucede hoy, como han prometido, ellos tienen sus cosas lo más listas posible y pueden estar en marcha en poco tiempo. Si no, seguirán esperando, no queda otra opción. En cualquier caso, María está muy embarazada y, aunque la partera dice que puede viajar, lo último que quiere Juan es que su bebé tenga que llegar al mundo al aire libre, en algún lugar hostil y con amenazas. Así que no tiene prisa por ponerse en marcha. Independientemente de si el convoy alguna vez comienza o no, y como se prometió, no ha faltado trabajo ni cosas que hacer desde que llegaron.

En este momento, nada parece más importante que ver a su encantadora esposa ahora completamente iluminada por la luna, inmóvil, excepto por su torso que se mueve lentamente hacia adentro y hacia afuera con cada respiración. Él toma sus manos entre las suyas y se las lleva a la boca, besándolas suavemente. Ella abre los ojos, lo ve y sonrío. Luego, debido al brillo de la luna en sus ojos, los entrecierra para poder verlo mejor, mientras recupera sus sentidos.

Dicen que la tez y la apariencia de una mujer mejoran cuando está embarazada. Esto ha sido el caso de su María, ella se ve brillante y hermosa. Él la besa en la frente y comienza a levantarse de la cama. Antes de que logre hacerlo, ella toma una de sus manos en la suya y lo detiene atrayéndolo de vuelta. Ella coloca la mano de él sobre su vientre, para que pueda sentir al bebé moverse.

Mientras siente la piel endurecida sobre su vientre, cierra los ojos, como si esto de alguna manera le ayudará a sentir mejor al bebé. Ella mueve ligeramente su mano y de repente él siente la presión del bebé. Sonríe con alegría. Desde el primer momento en que sintieron que el bebé se movía ambos han sido fascinados por el proceso mágico que está ocurriendo dentro de ella.

—Se ha estado moviendo mucho toda la noche. Creo que él está listo para salir —le dice a Juan, levantando una ceja mientras lo hace.

—¿Qué te hace pensar que será un niño? Tal vez sea una niña hermosa, como su madre.

—¡Simplemente llámalo intuición materna!

Su sonrisa cambia repentinamente a una mueca de dolor. Él toma sus manos entre las suyas y le pregunta si se siente bien. Si bien este es su primer bebé, muchos le han dicho qué pueden esperar del proceso. Según lo que ellos saben y de como ella ha sentido, parece que el momento podría estar acercándose.

—Sí, estoy bien —responde, cuando lo peor del dolor desaparece. No quiere alarmar a su marido, sobre todo con la posibilidad de viajar encima, pero siente que el momento está cerca. Rueda con cuidado hacia su lado de la cama manteniendo sus manos en el vientre, pone los pies en el suelo y se levanta. Inmediatamente, siente que un chorro de líquido sale de entre sus piernas, lo que sólo puede significar una cosa. Da media vuelta y ve a Juan al otro lado de la cama, agachado, poniéndose los zapatos y ajeno a lo que acaba de pasar.

—Cariño, cuando te vistas, creo que sería una buena idea que vayas a buscar a Petra —le dice a Juan, como si le estuviera pidiendo ir a comprar pan en la esquina.

Cuando Juan se da cuenta de lo que ha ocurrido, tropieza con toda posible en su camino y casi se cae varias veces, antes de lograr salir por la puerta del lugar que están alquilando. Llega rápidamente a la casa de una vecina que vive cerca. Toca la puerta y responde una mujer matrona de unos cincuenta y tantos años. No hace falta ninguna explicación por parte de Juan, la cara dice todo lo que ella necesita saber, y en poco tiempo los dos están de regreso con María. Petra está tranquila y serena mientras observa a María

antes de decir cualquier cosa. Al principio, María no los ve, ni los escucha. Tiene los ojos cerrados y su agonía es evidente. Juan se acerca a ella y se sienta en la cama a su lado. Sólo entonces, a María se da cuenta de que han regresado.

—Gracias por venir, Petra —logra decir, a pesar del dolor que tiene.

La mujer mayor sonrío y se acerca a María, prestando atención a todo lo que dice sobre la noche anterior y lo que siente ahora. Petra asimila toda la información. Después de que María termina de hablar, Petra le dice a Juan que se acerca el momento del parto y le indica lo que van a necesitar. Él toma nota mental cuidadosa de todo de lo que le dice y luego se lo repite para estar seguro. Sale por la puerta nuevamente como una flecha veloz.

Una vez afuera, se da cuenta de que necesita ir a un par de lugares diferentes, por lo que necesita formular su plan de ataque. Cuando está satisfecho de haber encontrado el orden correcto de lo que tiene que hacer, sale calle abajo, caminando apresuradamente, primero para avisar a sus tíos y, a su vez, también para averiguar si tienen alguno de los artículos que pide Petra.

Están a la vuelta de la esquina en otra vivienda, también alquilados, por lo que llega en poco tiempo. Juan llega a la puerta, toca varias veces y cuando no escucha nada, la prueba, empujándola para ver si está trancada por dentro. Como está abierta, la abre y entra primero solamente con la cabeza, anunciando su llegada.

Su tía sale del dormitorio que tienen, y él termina de entrar acercándose a ella. Le pide la bendición, y ella se lo da. La toma suavemente por los hombros y le da un beso en cada mejilla. Desde antes de que Juan tenga uso de razón, siempre le ha pedido la bendición cada vez que la ve o la deja. Aunque técnicamente ella es su tía, para él ella siempre será su madre, y su tío, su padre.

—¿Cómo está mi papá?

Ella le dice que ha estado durmiendo mejor pero que aún no está al cien por ciento de su capacidad. Ella nota que Juan está agitado, por lo que le pregunta si todo está bien. Juan explica brevemente lo que está ocurriendo con María y lo que necesitan para el parto. De lo que requiere Petra, pueden proporcionarles varias sábanas.

Juan le pide que se vaya a su casa lo más rápido posible con los artículos para estar allí en caso de que Petra necesite ayuda con cualquier cosa. Justo cuando Juan está a punto de irse, su tío Pedro sale del dormitorio, todavía abotonándose la camisa.

—¿A qué se debe toda esta conmoción aquí?”

—Bendiciones papá —dice automáticamente Juan.

—Dios te bendiga, hijo —le responde. Se saludan con Juan dándole un beso en cada cachete, como es su costumbre y un leve abrazo.

—A María se le rompió fuente y ahora Petra está con ella, me ha pedido buscare varias cosas.

—Voy para allá —le dice Lorenza a su esposo, sin titubeo.

—Bueno, espera un minuto y, ¿qué de mí? Yo quiero ir también —dice Pedro, sintiéndose excluido del proceso.

—Si quieres, vente cuando estés listo, quiero ir ahora mismo —le responde Lorenza, sin pretensiones de esperar más tiempo hasta que se arregle su esposo.

Como ve que Lorenza no le va a esperar, mira hacia Juan.

—No se preocupe padre. Yo sé que no ha estado sintiendo bien. No tiene que ir.

—¿Estás bromeando, Juan? No me perdería esto por nada del mundo. Dame un par de minutos y voy contigo —le dice Pedro.

—Prefiero que tomes tu tiempo. Cuando estés listo, ve directamente para allá. Para ahorrar tiempo iré para las otras cosas que necesitamos y nos veremos en mi casa. ¿Vale?

Pedro asiente. Salen Juan y Lorenza de la puerta, ambos en direcciones diferentes.

~~~~~

Tanto a Pedro como también a Lorenza harían cualquier cosa por Juan. Él creció creyendo que era su hijo natural. No fue hasta hace unos años atrás cuando su padre biológico, Lucas Griego, el hermano menor de Lorenza, le dijo accidentalmente a Juan en una noche de borrachera que era su padre. Los dos estaban bien tomados y aunque Lucas no recordó nada de lo que había dicho, a Juan sí se acordó de absolutamente todo. Al día siguiente Juan confrontó a Pedro y Lorenza, para saber si lo que decía Lucas, era cierto. Admitieron que así fue. Ellos en realidad eran sus tíos, y no sus padres biológicos.

La verdad del asunto es que ellos nunca quisieron fingir ser el padre y la madre de Juan para siempre. Cuando Juan aún era muy chico, Lucas viajó a Nueva España, dejando a Juan con su hermana y su esposo con la intención de buscar una mejor vida para todos ellos, y con la idea de que se Juan se uniera nuevamente con Lucas después de que se hayan establecido. Cuando llegó el momento para Lorenza y Pedro hacer el viaje, siguiendo los pasos de Lucas, la única forma en que podían llevar a Juan con ellos era como su hijo natural. Las normas de los pasajeros eran muy estrictas en aquella época y, salvo circunstancias atenuantes y con la aprobación de las autoridades correspondientes, los menores sólo podían acompañar a sus padres en los viajes que estaban haciendo hacia Nueva España.

Pedro y Lorenza fueron a ver a un señor en Madrid, para ver si había alguna forma de llevarse a Juan con ellos. Les dijo que él podía conseguir los papeles que necesitaban para llevarse a Juan con ellos como hijo. No hicieron muchas preguntas sobre la legalidad de lo que iba a hacer el señor porque intuían que venía bajo cuerda. Lo cierto es que obtuvieron el documento que requerían y de la noche a la mañana, Juan Antonio Griego,

hijo de Lucas Griego y María Isabel de García; se convirtió en Juan Antonio Herrera, hijo <<legítimo>> de Pedro Herrera y Lorenza Griego de Herrera, y así se ha quedado. Inicialmente, habían pensado cambiar su apellido a Griego, una vez establecidos a su nueva vida, como también devolvérselo a Lucas, pero no sucedió así.

Cuando llegaron los tres a donde Lucas estaba viviendo en Zacatecas, él no estaba nada estable, ni en términos de trabajo, ni de vivienda, por lo que Juan continuó viviendo con Pedro y Lorenza. Lucas nunca le prestó mucha atención a Juan, ni expresó ningún interés en cuidarlo de vez en cuando, y mucho menos de tiempo completo. Para Lucas, fue mucho más fácil dejar que su hermana y su cuñado siguieran tomándose cargo de Juan. Además, aparentemente su hermana tenía un talento para la maternidad, y como ellos nunca tuvieron sus propios hijos, parecía tener sentido no cambiar lo que estaba funcionando bien.

Al crecer, Juan siempre había sentido afinidad por su <<tío>> Lucas, como se refería a su padre biológico, pero como rara vez estaba presente, eso nunca causó un problema, ni le hizo cuestionar su ascendencia. Aunque Lucas podría ser un tío decente de vez en cuando, pero como padre fue pésimo. Era más propenso a tomar licor, perseguir mujeres y participar en juegos de azar que a asumir cualquier tipo de responsabilidad. La realidad es que Juan probablemente tuvo suerte de como ha sucedido todo.

Pedro a menudo tenía que cubrir a Lucas en el trabajo, cada vez que llegaba borracho, tarde o no aparecía. Pedro lo aguantaba por varias razones, ninguna de las cuales tenía que ver con que él fuera un socio ideal en su negocio de herrería. Su cuñado Lucas podía empuñar un martillo y colocar las cosas en su lugar con los mejores herreros, cuando estaba sobrio. Desafortunadamente para todos, esto no era muy frecuente. Pero aun con sus defectos, él era familia, y a Pedro le habían enseñado que, por encima de todo, la familia tenía que estar primero, así que en general aguantaba las travesuras de su cuñado.

El día que Juan descubrió la verdad sobre Lucas, Juan desapareció y no volvió durante varios meses. Nunca habló ni adonde fue, ni qué hizo durante ese periodo de tiempo, pero todos entendieron que había pasado por un profundo período de reflexión. Cuando regresó, perdonó a Pedro y Lorenza. Les dijo que estaba agradecido por todo lo que habían hecho por él. Además, les dijo que no importa quiénes fueron su madre y su padre biológicos, en la mente de Juan, ellos siempre serían sus únicos padres. Sus sentimientos hacia Lucas, por otro lado, sólo se volvieron más amargos con el tiempo.

Juan les dijo que en lugar de trabajar con <<dos padres>>, prefería dejar de trabajar con ellos. Se mudó a una habitación alquilada, encontró un socio que ya tenía todas las herramientas del oficio y comenzó a trabajar compitiendo de alguna manera con Pedro y Lucas. Sin embargo, Juan visitaba a Pedro y Lorenza con frecuencia y sin falta los domingos. Si Lucas estaba allí, Juan actuaba como si no estuviera, ignorándolo por completo. De hecho, desde que supo que Lucas era su padre y no su tío, Juan no había hablado con él ni una sola vez, a pesar de varios intentos por parte de éste de entablar una conversación.

~~~~~

Cuando Juan tiene todo lo que necesita para Petra, regresa al lugar donde han estado alojados desde que llegaron a Santa Bárbara. Como muchos de los lugares disponibles para inquilinos a corto plazo, es muy básico. Donde están alojados Pedro y Lorenza, hay una habitación y un área social. Donde están Juan y María es un solo ambiente con una cortina en el medio para separar el área de dormir. En la otra parte hay dos sillas, una mesa pequeña y una cocina improvisada en la esquina.

Juan y su tío se sientan a la mesa conversando, mientras Petra y Lorenza cuidan a María al otro lado de la divisoria. De vez en cuando se escucha un grito. A juzgar por la frecuencia de los aullidos, el bebé podría nacer en cualquier momento. Juan se levanta y comienza a caminar de un lado a otro en el pequeño espacio.

Se detiene, mira a su tío con una expresión inquisitiva en su rostro.

—Con todo lo que está sucediendo, se me olvidó preguntarle sobre lo que está aconteciendo con la puesta en marcha del convoy. ¿Ha escuchado algo? Si no me equivoco, la hora de inicio fue hace como media hora.

— Lo creas o no, ¡está en movimiento! Hablé con algunas personas caminando hacia acá y parece que esta vez, sí va la salida.

—No creo que María y yo tengamos otra opción que esperar hasta que nazca el bebé para irnos.

—Nada es más importante en este momento que lo que está pasando ahí adentro — dice Pedro, señalando al otro lado de la cortina, justo cuando otro grito desgarrador llena el espacio. La cortina no hace mucho para amortiguar el sonido y pueden escuchar cada grito, gemido y susurro.

Lucas expresa su preocupación por María, y al escucharlo, sale Lorenza detrás de la cortina. Su expresión les dice que está molesta con ellos. Al verla, Juan se sienta de nuevo en la silla y ninguno de los dos dice nada. Le devuelven la mirada, como niños regañados.

—Podría pasar algún tiempo antes de que nazca el bebé. ¿Por qué no salen a caminar, a correr, o a saltar en el río? ¡Pero hagan algo! Ustedes no están haciendo nada útil ahí sentados como dos sapos en un tronco, croando.

De repente, Juan tiene un momento de deja vu de cuando tenía quizás unos cinco o seis años. Recuerda claramente estar sentado en su sala, muy aburrido y peleado con su mejor amigo. Su tía, apareció en un portal, y con exactamente el mismo tono de voz y postura corporal, les dijo exactamente lo mismo. Y, como se ha convertido en su costumbre a lo largo de los años, Juan le responde:

—Pero si hacemos eso, ¿quién le hará compañía?

—Salgan de aquí, los dos, ¡ya! No quiero verlos por acá. Hagan algo, cualquier cosa, pero lejos de aquí.

Ya en la calle, ellos deciden ir a ver cómo va el movimiento en la plaza, de donde se estaba arrancado el convoy oficialmente. Mientras caminan las pocas cuerdas para llegar, ven grupos de personas en diferentes etapas de preparación para unirse al convoy y/o ser testigos de este evento que ha traído a mucha gente a este pequeño pueblo, que antes sólo existía para apoyar a los mineros de plata. Desde que llegó la noticia de que habría una nueva expedición al norte con Don Juan de Oñate, junto con la promesa de trabajo en el camino y tierras cuando llegaran allí, muchos han llegado al pueblo, cambiando su carácter dramáticamente.

Algunos ya están empacados y en camino, mientras que otros están en proceso de hacerlo. Ojos llorosos se asoman por puertas entreabiertas. Muchas de las mujeres con sus niños se quedarán atrás hasta estar seguros de que el lugar al que van es seguro. La mañana amaneció despejada, sin una sola nube en el cielo, pero ahora aparecen finas y tenues nubes en el horizonte, desvaneciendo el azul del cielo en blanco.

Cuando están convencidos de que el convoy realmente está en marcha, suben la colina y caminan justo fuera de la ciudad hasta donde un pequeño manantial proporciona agua y crea un pequeño oasis en un entorno árido. Se sientan en un pequeño banco y contemplan la ciudad que se encuentra debajo de ellos, llena de actividad y movimiento.

— Hijo, estaba pensando en algo.

— Dígame, padre.

—¿No crees que ya es hora de que hagas las paces con Lucas?

Pedro nunca se refiere a Lucas como el padre de Juan, sino por su nombre de pila, como Juan les pidió a él y a Lorenza que hicieran después de conocer la verdad sobre su ascendencia. Juan se queda en silencio, mirando sus manos entrelazadas, sus pulgares moviéndose en círculos, uno alrededor del otro, algo que hace cuando está nervioso.

Juan no dice nada.

—Como sabes mi salud no ha sido muy buena —le dice Pedro—, y aunque nos encantaría acompañarlos en este viaje, no creo que va a ser posible, así que regresaremos a Zacatecas, a nuestra casa allá hasta que recupere mi salud.

Juan esperaba que sus tíos se unieran a ellos en el viaje, pero también sabe que el viaje va a ser arduo, y particularmente difícil para él. La caravana va sin un destino definido y su padre no ha estado bien de salud.

—Lucas va con su aprendiz, Mateo —comenta Pedro—. Como no iremos, él será la única familia que tengas durante el viaje, como también cuando lleguen. Ya sabes lo que opino sobre la importancia de la familia.

—¿Familia? Lucas, ¿mi familia? ¡Eso es una broma! —dice Juan, molesto, alzando su voz.

Pedro sabe que no debe presionarle demasiado, pero también sabe que tal vez sea la última oportunidad que tenga para expresar lo que quiere decir. Se queda en silencio por un momento, ordenando sus pensamientos.

—Sé que no piensas mucho de Lucas y, en lo que a mí respecta, soy tu padre y tú eres mi hijo. Pero dicho esto, es probable que de aquí en adelante que él sea todo lo que tengas.

Juan mira a su tío Pedro, que es el único padre que ha conocido desde que era niño. Con exasperación en su voz dice:

—Sé que debería perdonarlo. Sé las razones por las que me abandonó. Sé que todos cometemos errores y el buen Dios sabe que he orado para intentar a perdonarlo. Simplemente no he podido hacerlo.

—Sólo estoy tratando de hacer lo que sea lo más correcto, y al final, lo mejor para ti. Tú sabes eso, ¿verdad, Juan?

—Sí, sólo es que hay algo muy dentro de mí que me da tanta rabia, y no sé por qué no he puedo superar esta sensación que tengo por dentro. Tanto usted como mi mamá me han explicado que era una cuestión de necesidad y no de conveniencia. Sin embargo, hay algo en el hecho de que él me haya dejado que simplemente no he podido entender. Cada vez que pienso en él, o hablo de él, como estamos haciendo ahora, se me hierve la sangre, es difícil de expresar lo que siento.

—¿Puedo hacerte una sugerencia, Juan?

—No es necesario que lo haga, padre —responde, ya con una idea de lo que le va a decir.

—Bueno, entonces hazlo, hijo, ve a hablar con él. Tú sabes que es el primer paso, no queda otro. Además, no tienes que ir como <<su hijo>>. Ve más bien como su sobrino, o como un amigo, o simplemente como un conocido. No importa el rol que quieras jugar, pero ve, ¡hazlo! —Pedro deja que las palabras se permeen dentro de la conciencia de Juan, antes de seguir—. Todos cometemos errores y todos tenemos defectos, pero todos también tenemos buenos atributos. Igual los tiene Lucas. Sólo tienes que tomar tiempo para conocerlo y encontrarlos. Hay algo aun más importante...

—¿Qué será, padre?

—Si no fuera por él, ni siquiera estarías vivo; y ciertamente no estaríamos todos aquí ahora mismo, aquí en Santa Bárbara. Él fue quien dio el primer gran paso para emigrar. A pesar de todo lo que puedas sentir por él, intenta recordar que hizo falta mucho coraje para allanar el camino para todos nosotros.

Juan ha escuchado estas mismas palabras y estos mismos argumentos en sus propios pensamientos. Se ha repetido esta misma historia, como también otras parecidas, en su

mente cientos de veces, desde que supo por primera vez que Lucas era su padre de sangre, pero hasta ahora nunca había entendido realmente el sacrificio que Lucas hizo para ser el primero de la familia a arriesgarse para darles a todos una mejor vida. Antes, siempre había llegado a la misma conclusión: Lucas era un borracho, un mujeriego y bueno para nada. No solo eso, pero lo que más le duele a Juan es que Lucas lo haya dejado en los brazos de sus tíos, dejando que ellos se encargaran de él.

—Nunca sabes lo que te espera a la vuelta de la esquina y es importante que tengas a alguien con quien contar, Juan.

—Padre, ¿usted realmente cree que puedo contar con Lucas, si lo necesito? con s

Pedro considera la pregunta detenidamente, sabiendo que Juan ya ha sido decepcionado por él anteriormente, y sin querer que se ocurra de nuevo.

—Sí, hijo, puedes contar con él —declara Pedro, con certeza en su voz—. Puede que Lucas tenga problemas de autocontrol, pero nunca dudes de su amor por ti. Me ha dicho una y otra vez cuánto lamenta no poder tener una relación contigo y tú bien sabes que lo ha intentado.

Juan tiene que darle eso a Lucas. Ha intentado en muchas ocasiones entablar una conversación con Juan, pero éste no ha respondido y más bien lo ha reprendido, dejándolo en frío. Lucas lo ha tomado con calma, mostrándose imperturbable a pesar de sus ganas de comunicarse con su hijo biológico.

—Hay algo más, Juan.

—¿Qué será, padre?

—¿No crees que él merece saber que estás a punto de convertirte en padre y que él está a punto de convertirse en abuelo, o tío abuelo, o como quieras llamarlo?

~~~~~

Pedro y Juan llegan a donde Lucas y su aprendiz, Mateo, han estado haciendo negocios desde que llegaron a Santa Bárbara. Están ocupados atando sus últimos baúles a una carreta. Cuando Lucas los ve, inmediatamente se detiene lo que está haciendo y se les acerca.

—Buenos días hermano —le dice a Pedro dándole un breve abrazo y un beso en la mejilla, como es su costumbre.

Lucas se sorprende gratamente al ver a Juan con Pedro, pero no está seguro qué decir o qué hacer. Comienza a hablar y luego se detiene. Mira a Juan, detallando sus rasgos. No puedo dejar de asombrarme de su parecido con él. Al verlos juntos en la calle, cualquiera diría que son padre e hijo. Juan tiene la contextura, la misma tez aceitunada,

cabello rizado, y ojos color avellana de su padre. De hecho, Juan también ha considerado a lo largo de los años en lo similares que son él y Lucas en apariencia. Tanto Pedro como Lorenza tienen la piel bastante más clara. Según su apariencia, Juan no tiene dudas de que Lucas sea su padre biológico, solo desea que no fuera así.

Lo que más molesta a Juan no es quizás que Lucas lo haya abandonado por las razones que todos conocen, sino que luego de tener la oportunidad eligió no estar presente durante la mayor parte de su crecimiento. Juan llegó con Pedro y Lorenza a Zacatecas cuando tenía unos cuatro años. ¿No podría Lucas al menos haber intentado pasar un poco más de tiempo con su hijo? Los primeros recuerdos que Juan tenía de Lucas eran casi todos iguales: borracho y siendo estúpido. Hay dos tipos de borrachos. Unos que se ponen alegres y divertidos; y otros que se ponen impertinentes y peleones. Lucas es de éstas últimas que se vuelve desagradable cuando ha bebido demasiado licor. Afortunadamente, ahora parece estar sobrio.

Pedro ve la incomodidad de Lucas, por lo que decide tender un puente.

—Como te dije el otro día —le dice Pedro—, Lorenza y yo no iremos al norte. Originalmente habíamos planeado irnos, pero no creo que yo pueda hacer el viaje. Prefiero regresar a Zacatecas por ahora, recuperarme y luego ojalá unirnos con ustedes cuando se instalen.

Lucas guarda silencio, escuchando pacientemente lo que su cuñado tiene que decir.

—Para mí, la familia siempre ha sido inculcada como lo más importante que cualquiera de nosotros puede tener en la vida. —Pedro se detiene y se le viene a la mente un ejemplo que quizás pueda ayudarles a remendar su relación—. Mi abuelo solía decirme que los amigos van y vienen como las hojas en un árbol, pero la familia, ¡es el árbol! Me he tomado estas palabras en serio a lo largo de los años y nos han traído a donde estamos hoy. Dios sabe que no estaríamos aquí si no fuera por ti, Lucas.

Pedro se le acerca y coloca un brazo alrededor de los hombros de Lucas. Juan observa los dos y sabe que, de alguna manera, él es una combinación de estos dos seres. Uno que ha sido su padre presencial, y el otro su padre ausente.

Te considero como un hermano —dice Pedro—. Siempre te agradeceré, no sólo por abrirnos el camino para que viniéramos a Nueva España, sino también por darnos el privilegio de amar a Juan y de permitirnos criarlo como nuestro propio hijo.

Con su brazo libre, Pedro indica a Juan que se acerque. Cuando lo hace, lo abraza con su brazo libre, uniéndolo de alguna manera a su hijo con su padre biológico. Aun así, todavía hay una brecha entre ellos, que tendrá que ser cerrado en su propio momento.

—No sé cómo van a resolver este asunto, ustedes dos, y realmente no es para mí decir como deberían hacerlo, pero por el bien de los dos, y de toda la familia, tienen que hacerlo. La familia es demasiado importante como para permitir que cualquier cosa se interponga en su camino. Además, Lucas, creo que hay algo que deberías saber. Lucas permanece

inmóvil, pendiente de cada palabra y de cada gesto, tanto de Juan, como también de Pedro.

—Quieres decírselo tú, Juan, ¿o debería contárselo yo?

Lucas y Pedro dirigen su atención a Juan, preguntándose los dos si finalmente romperá su silencio con Lucas. Juan mira hacia abajo, arrastra los pies momentáneamente, y respira profundamente, como para cobrar valor.

—Va a ser abuelo —le dice Juan a Lucas, levantando la vista.

La expresión de Lucas cambia en un instante de una preocupación curiosa a una de absoluto deleite y felicidad. Su sonrisa va de oreja a oreja. Suelta a Pedro y toma a Juan por ambos hombros, mirándolo directamente a los ojos.

—Nunca te he dicho esto, pero creo que deberías saberlo, Juan. —Los ojos de Lucas están húmedos y su voz tiembla de emoción mientras habla—. Eres lo mejor que jamás haya salido de mí.

~~~~~

Mientras Mateo continúa dando los últimos toques a las cuerdas que aseguran todo lo que hay en la carreta, Lucas, Pedro y Juan entran al local que han estado usando durante los últimos meses. Lo único que queda en el espacio es una mesa grande con cuatro sillas, que estaban ahí cuando ellos alquilaron el lugar.

—Les ofrecería algo de tomar, pero ya hemos apagado la fogata —dice Lucas disculpándose, mientras se sientan.

—No importa Lucas, tenemos que volver a casa de Juan para ver cómo van las cosas con María, pero estuve hablando con Juan de ti y aceptó venir.

Lucas se sienta, moviéndose nerviosamente, sin saber nuevamente qué decir, o si debería decir algo. Si bien parece que Juan debería ser el más nervioso de los dos en esta reunión, es todo lo contrario. Ver esto ayuda a Juan a calmarse y a ordenar sus pensamientos antes de hablar.

—Sé que he sido duro con usted a lo largo de los años, Lucas, y es muy difícil para mí pensar que usted sea mi padre, pero no he podido superar la idea de que me abandonó, sin pensarlo dos veces.

Juan termina de hablar y Lucas se queda mirando sus manos que yacen sobre la mesa frente a él, pensando en lo que puede decir para mejorar las cosas y dudando si cualquier cosa lo haga. Respira hondo, como para asegurarse de que Juan haya terminado de hablar. Cuando éste no dice nada, Lucas levanta la vista.

—Sé que no he sido un buen padre y la verdad es que he estado ausente durante mucho de vida. Tampoco creo que haya hecho nada digno para ganarme tu respeto. Mi vida ha sido un desastre, y aunque tengo mis propias excusas del porqué mi vida haya sido así, a fin de cuentas, soy yo el único responsable.

Aunque el mundo exterior se agita con actividad, en este momento lo único que les importa a estos tres es este instante. Pedro y Juan escuchan atentamente a Lucas. Ambos están seguros de que probablemente ha pensado mucho en lo que le gustaría contarle a Juan, y ahora por fin tiene la oportunidad de hacerlo.

—No espero que me perdones, Juan, pero sí espero que algún día entiendas lo que hice. Lo que sí te puedo decir con certeza es que el segundo día más feliz de mi vida fue cuando naciste tú y el primero cuando conocí a tu madre biológico.

—Nunca me he enterado en nada de ella —dice Juan, mirando a sus dos <<padres>> al otro lado de la mesa—. ¿Cómo era ella?

Juan respira profundamente, mira hacia el techo y cierra los ojos mientras exhala. Una sonrisa serena llena su rostro y toda su expresión se relaja con el recuerdo.

—Ella era la persona más maravillosa que puedas imaginar. Era bonita, inteligente y muy ingeniosa. Ella siempre tenía un comentario que daba en el clavo, con respecto a cualquier cosa que estuviera ocurriendo.

—¿Qué pasó con ella?

Lucas intercambia una breve mirada con Pedro.

—Digamos que ella murió en circunstancias muy desafortunadas que continúan atormentándome hasta el día de hoy —dice Lucas, quedándose en silencio brevemente antes de seguir—. No creo que sea el momento de entrar en detalles, pero luego te prometo que te puedo contar todo lo que quieras saber de ella, como también de tu vida antes de que te dejara con mi hermana y Pedro.

Al principio, Juan está a punto de insistir en saber más sobre su madre biológico pero ve que Pedro indica que sería mejor hablar de eso en otro día.

—Estaré siempre en deuda con Pedro y Lorenza por cuidar de ti, Juan. Me duele... — Lucas se ahoga de emoción y por un momento no puede decir nada. Eventualmente, se aclara la garganta y, cuando habla, es con una voz temblorosa—. Supongo que lo que intento decirte, y me duele admitirlo, pero no me cabe duda que has estado mucho mejor con ellos como padres de lo que hubieras estado conmigo. Así que creo que todo salió bien, pero siento que nuestro gran error fue no ser más comunicativos contigo con respecto a la verdad sobre tu llegada al mundo. Enterarte como fue, en uno de mis estupores de borrachera, no fue la manera correcta, ni deseada. Lo que más lamento en la vida es haber perdido mi relación contigo.

Las lágrimas ahora corren por el rostro de Lucas mientras habla. Mueve su asiento más cerca de la mesa, extiende sus manos sobre las de Juan, tomándolas entre las suyas.

—Gracias por venir a verme, Juan. Significa más para mí de lo que puedas imaginar y haré todo lo posible para no volver a decepcionarte.

~~~~~

Después de hablar con Mateo, deciden que lo mejor sería que éste siga adelante y comience el viaje solo. Lucas toma uno de los caballos, conjunto con su silla y su brida para alcanzar a su compañero luego, después de que nazca el bebé de Juan y María. Además, es probable que haya trabajo que hacer a medida que todos se ponen en marcha. Los vagones están siendo puestos a prueba límite por sus cargas al comenzar el viaje, y sin duda será necesario hacer algunas reparaciones. Mateo puede encargarse de cualquier necesidad mientras que Lucas pasa tiempo con su familia.

Cuando se acercan a la casa de Juan, pueden escuchar los gritos fuertes y claros de María. Cuando entran, Lorenza los oye y se asoma por detrás de la cortina que separa la habitación en dos. Le resulta extraño ver a Lucas con ellos, pero no dice nada. En cambio, mira a su marido, quien le dedica una sonrisa de complicidad, un guiño y un leve asentimiento. Al ver esto, para Juan es obvio que han hablado de reunirlo con Lucas anteriormente. Lorenza les dice que la llegada del bebé está próxima y les dice que esperen sin hacer mucho ruido.

Como si todos estuvieran de acuerdo de antemano, Pedro, Lucas y Juan miran las dos sillas y luego entre sí, dándose cuenta de que no pueden sentarse todos.

—La edad antes que la belleza —dice Juan, indicando con una leve reverencia a sus mayores que tomen los asientos—. Además, ahora estoy demasiado nervioso para sentarme.

Al principio nadie dice nada. Se quedan quietos, escuchando los sonidos detrás de la cortina. Después de unos momentos que parecen ser eternas pero que en realidad son un par de minutos, Juan mira a los dos hombres que tienen derecho a llamarse su padre.

—¿Qué me pueden contar sobre mi madre y cuando nació? —pregunta Juan, su voz baja, para no molestar al proceso al otro lado de la cortina—. Ahora me doy cuenta que no sé la historia de cómo nació. Mi nacimiento siempre ha sido un misterio para mí.

Pedro mira a Lucas como para determinar quién debe contar la historia, ya que ambos estaban allí en ese momento. Lucas indica que él quiere contárselo, así que Pedro se queda quieto. Lucas cambia de posición levemente para estar frente a Juan, sentándose más derecho en su silla mientras lo hace.

—Bueno, supongo que ahora es tan bueno como cualquier otro momento para hablarte un poco más de tu madre. Ya ha pasado demasiado tiempo.

Juan deja de caminar de un lado a otro y mira a Lucas con los brazos cruzados, parado frente a él, ansioso por lo que vaya a decir sobre su llegada al mundo.

—Era una mujer hermosa y, a decir la verdad, muy similar a tu propia María en apariencia y estatura. También se llamaba María, pero todos la llamábamos Marisa, ya que su segundo nombre era Isabel.

—¿Cómo se conocieron? —pregunta Juan, su curiosidad evidente en su voz.

—Esa es una buena pregunta. Hace mucho que no lo pienso en ello, pero lo recuerdo muy bien. Mi padre siempre apoyaba a la iglesia en todo. Nosotros ayudábamos también los domingos, como también en otras ocasiones especiales, a preparar el servicio.

>>Una nueva familia acababa de mudarse a la ciudad. En ese particular, mi cuento es parecido al tuyo. En aquél entonces, yo tenía unos veinte años. La madre de Marisa era muy religiosa y enseguida se acercó a la iglesia ofreciéndose para ayudar de cualquier manera. La señora que normalmente daba el catecismo estaba enferma, por lo que le preguntaron si ella podía reemplazarla, lo cual ella hizo con gusto. El primer domingo que estuvieron allí, ella vino a la iglesia junto con su esposo y sus cinco hijos, tres niñas y dos niños. Marisa era la mayor de ellos.

Mientras Lucas habla, la mente de Juan viaja en el tiempo y acumula información como una esponja, sediente de información sobre su pasado que siempre ha sido un misterio para él e imaginando todo lo que Lucas le está diciendo. Deja caer los brazos de su posición cruzada.

—Supongo que eso significa —formula Juan— que debo tener algunos tíos y tías por ahí que no conozca.

Lucas mira a Pedro y luego de nuevo a Juan antes de responder.

—Pues sí y no, Juan. Técnicamente tienes dos tías y dos tíos por ese lado de tu familia, pero la verdad es que ha pasado tanto tiempo desde que los vi y que he estado en comunicación con ellos, que probablemente ni siquiera los reconocería si los viera en la calle.

Juan tiene más preguntas, pero decide dejar que Lucas continúe en lugar de interrogarlo. Así que simplemente asiente.

—Cuando vi a Marisa por primera vez en la iglesia ese día, fue amor a primera vista, al menos de mi parte. Si bien no fue hasta dos años después que nos casamos, supe desde el primer momento que la vi que quería conocerla mejor. Yo ya estaba trabajando con Pedro en su negocio y habíamos elaborado un plan para convertirme en socio pleno, aunque en ese momento él dirigía el negocio y yo hacía lo que él me decía que hiciera.

—Más o menos un año después de casarnos, Marisa quedó embarazada, pero perdió el bebé como a los tres meses de embarazo. De lo contrario, habría tenido un hermano o hermana mayor. Nunca supimos si era varón o hembra. Poco tiempo después, volvió a quedarse embarazada, esta vez contigo.

—¿Dónde vivían cuando nací, también en Siero? Tengo entendido que ahí vivían antes de venir a Nueva España.

—Sí, eso es correcto, Juan —confirma Lucas—. Nuestra familia ha sido de esa área desde hace mucho tiempo. Creo que tu sabes que tanto tu abuelo como tu bisabuelo fueron panaderos y muy conocidos en esta zona.

—Sé que usted trabajó con mi padre, ¿o debería decir mi tío? —Juan se exaspera momentáneamente con la confusión—. Ahora, ni siquiera sé cómo llamar a ninguno de los dos.

—Llámame Lucas, no quiero intentar a ocupar el lugar de Pedro como tu padre y, Lorenza es tu madre, a mi forma de ver. Ellos son quienes te criaron y merecen ser llamados tu madre y tu padre.

—Lo sé, pero es extraño ahora que tengo los dos en frente—admite Juan—. Creo que usted trabajó con mi padre desde joven, según recuerdo.

—Sí, Juan, así fue. Con la aprobación de mi padre comencé a trabajar con Pedro poco después de que él y mi hermana Lorenza se hayan casado, lo cual fue en...

—Yo tenía 24 años cuando nos casamos y Lorenza tenía 16, así que debe haber sido alrededor de 1552 —Al ver que Lucas tiene dificultades con las fechas, Pedro interviene para ayudar.

—Eso me parece correcto —dice Lucas—. Si mal no recuerdo, tenía 12 o 13 años en aquel momento.

Juan se aferra a cada palabra de Lucas, aprendiendo por primera vez sobre sus inicios en el mundo y más sobre sus padres biológicos.

Perdido momentáneamente en dónde se encontraba en su historia, Lucas ordena sus pensamientos de nuevo y continúa:

—El embarazo de Marisa contigo transcurrió sin problemas. Ambos estábamos muy emocionados de que vinieras al mundo, y cuando llegaste... —Lucas toma una pausa, sus ojos se humedecen y su voz tiembla con la emoción de lo que siente dentro de él, con el recuerdo del momento—. Como te dije hace poco, Juan, eres lo mejor que ha salido de mí. Fue una sensación increíble cuando finalmente pude tenerte en mis brazos y abrazarte.

—¿Estaba usted allí también, padre? —Juan le pregunta a Pedro.

—Desde tu primer aliento, ambos estuvimos ahí, tanto tu madre como yo. Supongo que esa es una de las razones por las que nos ha resultado tan fácil cuidarte como si fueras nuestro propio hijo porque, de cierta manera, lo has sido.

Juan se frota la barbilla, mira primero Pedro y luego a Lucas. Está a punto de decir algo, cuando de repente el grito más fuerte que han escuchado hasta ahora proviene del otro lado de la cortina. Todos se quedan en silencio. Lo siguiente que escuchan es el llanto de un bebé.

Todas sus expresiones faciales cambian de unas de profunda reflexión flexión, a unas de pura alegría y felicidad. Pedro y Lucas, que han estado sentados, se levantan y espontáneamente se juntan los tres, abrazándose cada uno del otro con su emoción.

Lucas se siente como si estuviera de alguna manera en un sueño. Ha pensado en hacer las paces con su hijo. Aunque lo ha intentado a lo largo de los años sin éxito, ha imaginado una y otra vez cómo podría ser este momento y como sería si Juan aceptara sus disculpas. Nunca en su imaginación más descabellada pensó que podría ser de esta manera, aquí y ahora, convirtiéndose en abuelo y padre de nuevo a la misma vez. Abraza a Pedro y a Juan con toda su fuerza, agradeciendo a Pedro por reunirlo con su hijo y felicitando a Juan por su nuevo bebé.

Mientras están en medio de su celebración, Lorenza sale desde el otro lado de la cortina con el bebé envuelto en una manta en sus brazos.

—¡Es un varón!

Se acerca a Juan y le ofrece el bebé, indicándole que tome a su nuevo hijo en sus brazos. Al principio, Juan no está seguro de qué hacer.

—No me acuerdo haber cargado un bebé, no sé cómo hacerlo.

—Tranquilo, Juan, simplemente finge que es un pequeño saco de papas y lo harás bien —le dice Lorenza, sonriendo mientras da un paso adelante y coloca el bebé en los brazos de su papá.

Juan toma el bebé tentativamente al principio en sus brazos y luego lo acerca a su pecho, abrazándolo y acurrucándolo. La emoción en el rostro de Juan es evidente. Su expresión es una mezcla de gratitud, de alegría y de miedo. Gira la cabeza hacia el cielo y cierra los ojos mientras lágrimas de alegría corren por sus mejillas. En silencio, agradece a Dios por su bebé, luego, de repente, abre los ojos y le pregunta a Lorenza si su esposa está bien. Cuando ella confirma que María está bien, él vuelve a caer en su estado de alegría, con los ojos cerrados y el rostro levantado hacia el cielo.

Juan abre los ojos y comienza a ver cada pequeño detalle en el rostro de su hijo. Se ahoga por la emoción de tenerlo en sus brazos. Cuando logra recuperar la voz, levanta la vista y ve a Pedro, Lorenza y Lucas parados frente a él, todos abrazados.

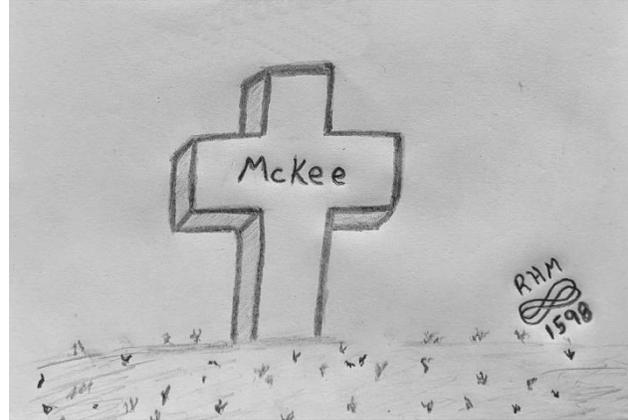
—Creo que sé cuál debería ser su nombre —dice Juan, con expresión firme y resuelta.

—A ver, cuéntanos hijo —contesta Lorenza.

—Bueno, primero en honor a usted, madre, y segundo en honor a mis <<dos padres>>, y tercero porque creo que se me parece a mí, su nombre debe ser: Juan Griego Herrera II.

## El Fin

**Los McKee**  
**Agosto de 1598**  
**Condado de Antrim, Irlanda**



Samuel mira por la ventana hacia el camino que conduce a su casa esperando ansiosamente la llegada de su padre. Ya ha llegado la noticia de que resultó herido en la batalla y que están regresando con él. Hasta el momento no saben el alcance de sus heridas, pero todos están muy preocupados. El ambiente es tenso. Su madre, Mary, llora en un rincón. John y Anne Kelly, quienes han sido vecinos desde que Samuel tiene uso de razón, la consuelan. Su hermana y sus dos hermanos mayores también hacen todo lo posible para que su madre se sienta mejor, aunque poco de lo que hacen parece ayudar. Otros que viven cerca y del pueblo, están reunidos afuera. En el pórtico se encuentra un médico que ha sido llamado. Todos esperan la llegada del capitán Hugh McKee.

Aunque ya es tarde y el sol acaba de ponerse, todavía hay suficiente luz para que Samuel pueda ver cuando aparecen en el horizonte. Sale por la puerta en un instante y corre hacia la carreta donde yace su padre cubierto con mantas. Samuel salta sobre la carreta mientras está en movimiento y uno de los dos hombres a bordo lo ayuda a subir. Samuel se arrodilla al lado de su padre, que tiene los ojos cerrados. A primera vista, excepto por una expresión de dolor en su rostro sucio, no hay otros signos visuales de nada fuera de lo común. Está mucho más pálido de lo habitual, pero aparte de eso parece bastante normal. Mirando al soldado sentado al otro lado de la carreta sentado en el aparador, a quien reconoce como un amigo de su padre, le lanza una mirada inquisitiva, sin estar seguro de cuáles podrían ser las heridas de su padre. Una breve mirada del hombre hacia las piernas de su padre indica el lugar de su lesión.

—Su pierna quedó bastante destrozada en la batalla, hijo —dice el hombre. Se acerca el señor y coloca una mano sobre el hombro de Samuel, apretándolo suavemente mientras habla. El tono de su voz es sombrío—. Tuvieron que cortarla justo por encima de la rodilla en el camino hacia acá. Temo que haya perdido mucha sangre.

Samuel baja la manta que cubre su padre hasta la barbilla para encontrar sus manos. Están cruzadas sobre su pecho mientras se balancea suavemente de un lado al otro con el movimiento de la carreta al pasar sobre el terreno irregular. Tomando las manos de su padre entre las suyas, las siente frías al tacto. Se inclina hacia él y le da un beso en la frente.

—Papá, por favor no te mueras, te necesitamos —susurra.

Las lágrimas corren por las mejillas de Samuel mientras piensa en enfrentar la vida sin su padre. Ni siquiera puede imaginar cómo sería.

Una vez en la puerta de su casa, varios de los que han estado esperando ayudan a bajar al padre de Samuel de la carreta y llevarlo al interior de la casa. Los hombres que acompañan a su padre explican que vienen de unos 60 kilómetros de distancia, donde la milicia irlandesa se enfrentó a los ingleses en una feroz batalla. Aunque obtuvieron una victoria contundente, repeliendo a los ingleses y manteniendo sitiado uno de sus fuertes cercanos, como suele ser el caso en cualquier guerra, independientemente de quién gane la batalla, suele haber pérdidas de ambos lados. Todos esperan que Hugh no se convierta en una de ellas.

Mary espera en la puerta mientras lo llevan adentro. Si bien sus lágrimas iniciales al descubrir que su esposo había resultado herido en la batalla fueron abundantes y constantes, se han reducido a sollozos intermitentes. Ahora, una vez más, las compuertas de sus lágrimas y emociones se abren de par en par al ver a su marido, aparentemente sin vida en los brazos de los quienes lo están cargando. Se santigua, mira al cielo y reza a Dios para que su marido no resulte gravemente herido.

Llevan a Hugh a su dormitorio y lo acuestan en la cama que ha sido preparada para su llegada. El médico lo sigue y ve que los artículos que ha pedido han sido colocados en la mesa de noche. Ver a Mary preocupada le recuerda que ésta ha sido la parte más difícil de su carrera como médico. Una cosa es atender a los pacientes que necesitan atención médica y ayudarles a mejorarse; otra es tratarse con los seres queridos, que se sienten destrozados cuando sus seres queridos sufren, o tienen algún dolor. Sólo puede imaginar lo que debe estar pasando por la mente de Mary. Sabe que no podrá hacer lo que él necesita hacer con ella en la habitación, pero al mismo tiempo, no le apetece alejarla de su marido. Él se la acerca y le pone la mano suavemente en el hombro.

—Mary, creo que sería mejor que esperaras afuera —le dice—. Te avisaré cuando puedas volver a verlo.

Señala con la cabeza a la vecina, la señora Kelly, que le ayude a sacarla de la habitación, ya que inicialmente ella resiste irse. Ella guía suavemente a la desconsolada esposa de Hugh fuera de la habitación, ayudando a sostenerla de un lado por si se desmaya y para que no se caiga en el camino.

Samuel se queda en la puerta contemplando toda la escena como si fuera en cámara lenta. El médico inmediatamente se inclina sobre su padre, mientras su madre sale. Sus sollozos se intensifican a medida que se aleja de la cama. Como cuando lo vio por primera vez en la carreta, el padre de Samuel tiene el mismo aspecto cuando se fue, sólo que más pálido y más sucio. Samuel ve como el médico baja las mantas que le cubren las piernas, y ahí lo ve. Donde debería estar la pierna izquierda de su padre, hay una camisa ensangrentada envuelta alrededor de lo que queda de ella. La tela está completamente empapada de sangre. En ese momento su madre llega a la puerta, y para evitar que se voltee y vea lo que él acaba de ver, la sostiene del otro lado de donde la conduce la vecina

y la dirigen fuera de la habitación, cerrando la puerta detrás de ellos. Una vez en la sala, la conducen hasta el sofá, donde se sientan todos alrededor de ella. Mientras la consuelan, Samuel no puede quitarse de la mente la imagen de la pierna de su padre. No recuerda haber visto en su vida tanta sangre.

Los dos hombres que iban en la carreta con su padre ahora también están dentro de la casa. El hombre de estatura bajo y corpulento, de pelo rojo rizado y barba poblada, que habló con Samuel en la carreta al inicio, cuenta la historia de lo que les pasó en la batalla a varias personas que se han reunido para escucharlo. El otro hombre más alto, con cabello castaño desordenado y barba rala, no dice nada, sino que escucha atentamente lo que dice el otro, como para asegurarse de que está contando la historia correctamente.

—Todos saben que hemos estado sitiando el fuerte inglés en Blackwater, desde que lo construyeron el año pasado. Tenemos a esos bastardos hambrientos y sin que les lleguen suministros desde hace algún tiempo. Algunos dicen que en Dublín hubo quejas y que iban a abandonarlo, pero luego O'Neill se enteró de que finalmente vendrían y tratarían de rescatar a los que han estado atrapados por allí, bajo el mando de nada menos que ese maldito traidor, Henry. Bagenal.

Hay algunas conversaciones y palabras intercambiadas entre los que escuchan al enterarse de esto, ya que todos conocen bien a Bagenal y su historia con los O'Neill. Bagenal ha odiado a Hugh O'Neill, el principal miembro del clan de la zona, desde que la hermana de Bagenal, Mabel, se fugó con O'Neill en contra de los deseos de su hermano. Murió unos años después, con muchas especulaciones sobre las circunstancias que rodearon su muerte. La historia oficial es que tanto ella como su hijo murieron al dar a luz, aunque no todos están convencidos de que esto sea cierto. La gente de esta zona es leal a Hugh O'Neill, principalmente por el poder que ejerce, pero también saben que es despiadado con sus enemigos. Muchos creen que él y Mabel no estuvieron de acuerdo en muchas cosas, entre las cuales fueron sus infidelidades. Todo esto sólo sirve para alimentar los rumores sobre lo que realmente le pasó a la hermana de Bagenal y cómo murió. Esto ha servido para incrementar el odio hacia O'Neill.

—O'Neill llamó al capitán McKee aparte antes de que todo comenzara y le dijo que quería que vigiláramos a Bagenal —sigue contando el mismo señor—, y que, si tuviéramos la oportunidad, deberíamos eliminarlo, no solo porque no le cae bien el hombre, pero más importante, porque sabía que causaría conmoción en las filas si lo mataran.

Más de los que estaban reunidos afuera entran a la casa cuando se enteran que se está contando la historia. Desde que llegaron los primeros jinetes hace varias horas, han comenzado a circular relatos de la batalla y todos están ansiosos por saber qué ocurrió.

—Nuestros exploradores nos estaban informando de cada movimiento desde que salieron de Armagh, desde temprano. Tal como O'Neill había planeado, y con muchos de nuestros hombres en el lado oeste del río Callan, Bagenal decidió cruzar al otro lado para evitarlos, y así, jugando directamente en la mano de O'Neill.

—¿Y cuál era ese plan, Fergie? —le pregunta uno de los hombres presentes, queriendo saber todos y cada uno de los pequeños detalles. Luego, cuando Fergie no responde de inmediato, porque estaba tomando un gran trago de whisky que le ofrecieron, el hombre agrega riéndose de su propio chiste mientras lo hace— ¿Y qué mano estaba utilizando?

—Usó la mano derecha, como debe ser, Micky —responde Fergie al hombre, con una sonrisa cuando termina con su bebida—. Desde el principio, O'Neill nos dijo que pensaba que la batalla sería nuestra si podíamos separar al regimiento líder de los demás. Al lograr que cruzaran el río allí, sabía que nos daría la oportunidad de dividirlos río arriba cuando tuvieran que cruzar una vez más para llegar al fuerte de Blackwater.

Samuel observa a los dos hombres que había visto muchas veces con su padre. Cada vez que había visto a uno de ellos, parecía que el otro también estaba allí. Le pareció curioso que en todos los momentos que puede recordar, no había escuchado que hablara el hombre alto, aunque el más bajo, cuyo nombre ahora recuerda como Fergus Maguire, siempre hablaba lo suficiente por ambos, y algo más.

—Pero por lo que hemos oído, ¿pensé que los habíamos detenido? —pregunta un hombre mayor que había venido del pueblo y recién llegaba.

—Espera, John, no he terminado con la historia y, lo mejor está por venir! —Fergie está momentáneamente perturbada por la interrupción, pero vuelve a su explicación—. Eso sí, todo este tiempo estuvimos disparándoles desde el otro lado del río para asegurarnos de tener su atención, pero estábamos demasiado lejos para causar un daño real, así que estábamos más molestándolos que cualquier otra cosa, para así lograr que cayeran en el plan de O'Neill. —Toma una pausa dramática, mirando alrededor de la habitación antes de continuar—. Todos conocen el vado entre Armagh y Blackwater, ¿verdad?

La mayoría afirma conocer el lugar, ya que es un punto de referencia muy conocido en la zona.

—Hay una serie de colinas allí, si recuerdan. Allí era donde O'Neill había preparado la siguiente sorpresa para Bagenal y su banda de ladrones. Eso sí, todo este tiempo, nuestro pequeño regimiento de 10 hombres, liderado por el capitán McKee, estuvo siguiendo a Bagenal. Lo estuvimos buscando desde temprano, pero no pudimos verlo hasta que cruzaron el río. Tenía una elegante pluma blanca en el sombrero, lo que hacía que fuera fácil distinguirlo, pero siempre estaba rodeado de soldados y nosotros estábamos demasiado lejos para poder llegarle.

Fergus se anima más mientras habla. Como una de esas personas a las que les encanta ser el centro de atención, como el alma de la fiesta, está en su elemento y tiene toda la atención de todos los presentes. Samuel no puede verlo directamente debido a que otros bloquean su vista, pero ve fragmentos de él mientras se mueve y puede escucharlo claramente.

—Estabas hablando de las colinas, Fergie, ¿qué con ellas? —pregunta otro hombre para volver a encauzar lo que estaba diciendo Fergie.

—Sí, claro —responde, recordando dónde estaba en su historia—. Les dejamos pasar con bastante facilidad las dos primeras colinas, golpeándolos a lo largo del camino desde los lados con disparos, pero dejándolos avanzar —Fergie se estaba emocionando cada vez más a medida que la multitud que lo escuchaba aumentaba de tamaño—. ¡Después de eso fue cuando recibieron su próxima sorpresa!

—¿Y qué fue? —preguntó otro presente, mientras le ofrecía a Fergie un trago de su botella, que fue aceptado por éste con gusto.

—O'Neill hizo que varios regimientos trabajaran toda la noche haciendo una trinchera que se extendía de un lado al otro del pantano, justo a través del vado. Empezamos a dispararles con más intención de ambos lados justo antes de que llegaran a la trinchera. Cuando vieron el obstáculo, al principio se sorprendieron. Pero como no lo defendíamos, pasaron al otro lado sin mucho problema. Cayeron directamente en la trampa de O'Neill, de permitirles pasar fácilmente cuando llegaran allí. Cuando estuvieron al otro lado de la trinchera, supieron que ya se estaban acercando al fuerte e incluso pudieron verlo desde la cima de la próxima colina.

<<Fue entonces cuando los atrapamos. Con el primer regimiento pasado la trinchera, O'Neill ordenó a todos los que habían estado en ambos lados del vado que entraran y que se lo aislara de los otros regimientos más atrás. Justo después de esa última colina, y antes de llegar a la fuerte, O'Neill tenía otra sorpresa para ellos. Había colocado allí a los más locos de nuestro grupo y estaban esperando allí, escondidos en el monte. Tan pronto como los ingleses pensaron que ya se estaban llegando, comenzaron a moverse rápidamente hacia el fuerte. Entonces fue cuando O'Neill dio la orden de atacar desde abajo. Los ingleses pasaron de adelantar como si no hubiera un mañana, a ponerse en posición de pica para defenderse mientras los locos se les acercaban. O'Neill ya les había dicho que concentraran su ataque en la parte izquierda de la formación con tanta potencia de fuego y fuerza como pudieran reunir. Cuando hicieron un agujero a través de la formación de picas, los demás entraron por ahí, sacando a los piqueros primero y luego aniquilando el resto que no tenía adónde ir. Su calvario no pudo apoyarlos ya que estaban separados por la trinchera y con nuestros muchachos defendiéndola, no pudieron pasar. Aquellos que habían pasado por encima de la trinchera con tanta facilidad quedaron atrapados sin escapatoria.

—¿Y viste todo esto, Fergie, con tus ojos? —pregunta otro hombre entre la multitud, preguntándose si Fergie estaba inventando todo esto, o si realmente lo vio de primera mano.

—Pude ver la conmoción desde donde estábamos a través del humo —responde—, pero lo que estoy contando ahora lo supe más tarde por ellos que estaban más cerca de la acción. Todavía nosotros estábamos en la segunda colina, manteniendo los ojos en Bagenal y buscando una manera de llegarle, mientras les disparábamos de vez en cuando

para asegurarnos de que no se olvidaran que estábamos allí. Entonces, de repente, Bagenal ordenó al regimiento líder, que estaba atrapado al otro lado, a retirarse a través de la trinchera a pesar de que tenían pocas posibilidades de sobrevivir. Fue como una práctica de tiro cuando regresaron a la trinchera. Los bastardos caían unos sobre los otros.

<<A través del humo, vimos a Bagenal avanzar para ayudar a los que estaban retirándose hacia nuestros muchachos que defendían la trinchera. Al mismo tiempo, el Capitán McKee dio la orden a nuestro grupo de atacar. Cuando nos vieron venir hacia ellos por un costado, varios calvarios vinieron a defender su posición. Mientras luchábamos con ellos, el Capitán McKee se acercó por detrás de nosotros, apuntó con cuidado y disparó a Bagenal, pero falló. Mientras recargaba su rifle, uno de la caballería nos pasó, se inclinó y con su espada le dio un golpe al capitán McKee, dándole en la pierna y casi quitándosela de un solo golpe. Con su arma ya cargada y lista para disparar, el capitán se posicionó desde el suelo, apuntó con cuidado y esta vez le dio a Bagenal justo en la cabeza. Se cayó del caballo como si fuera un saco de papas.

Varios de los que escuchan continúan haciendo preguntas sobre la batalla, mientras Fergus les cuenta animadamente todos los detalles sangrientos. En definitiva, aniquilaron al primer regimiento inglés que había cruzado la trinchera quedándose atrapados. Los otros dos regimientos ingleses comenzaron a retirarse bajo un intenso fuego y perdieron muchos hombres en el camino. Se vieron obstaculizados por el equipo pesado que llevaban consigo y que quedó atrapado en el lodo y el barro. Luego se desanimaron, aún más, por una explosión dentro de sus filas. Aparentemente, fue causado por uno de los suyos que accidentalmente encendió el suministro de pólvora. Tuvieron poca posibilidad de escaparse y muchos de los que no murieron en la retirada, se rindieron o se escaparon al bosque para salir con vida del campo de la batalla.

Si bien el aire general es muy emotiva y victoriosa, John Kelly ve que este no es el momento ni el lugar para este tipo de celebración. No aquí, no ahora, especialmente cuando su vecino y hermano en vida, el capitán Hugh McKee, está gravemente herido al otro lado de la pared que los divide. Los echa a todos de la casa, sacándolos para afuera y cerrando la puerta para darles algo de privacidad a la familia.

—Gracias, John —logra decir Mary entre sollozos—. Sé que están emocionados por la victoria, pero no puedo dejar de pensar en Hugh, allí con el médico. Me pregunto cómo estará él y si... —Su llanto ahoga el resto de sus palabras, ya que ni siquiera quiere imaginar el peor de los casos.

Una vez más, a Samuel se le viene a la mente la visión de la pierna de su padre. Su hermana Sarah viene y se sienta a su lado.

—¿Estás bien, Sammy? —ella le pregunta—. Parece que hayas visto un fantasma.

Él no responde. Sigue mirando al vacío, moviendo la cabeza ligeramente de un lado a otro, incapaz de quitarse de la mente la visión de la camisa ensangrentada donde debería haber estado la pierna de su padre.

A sus diez años, Samuel es el bebé del grupo. Su hermana Sarah, de casi 15 años, lo toma en brazos y lo mece, mientras sus dos hermanos mayores, John y Andrew, de 16 y 12 años respectivamente, consuelan a su madre. El médico sale de la habitación y dirige su atención a Mary, quien, con esperanza en los ojos, pero miedo en el alma, pregunta por el estado de su marido.

—Lamento decirte que está mal, Mary —le dice el doctor—. Si fuera sólo por la pierna, probablemente estaría bien, pero con la cantidad de sangre que ha perdido, es difícil decir si logra salir de esto o no, y si lo logra, cómo estará después.

Mary esconde su cabeza entre sus manos mientras los demás se acercan a ella, tratando de ofrecerle algún tipo de alivio a la angustia que siente por dentro.

—Me gustaría poder decirte que va a estar bien, pero ahora mismo —se interrumpe a mitad de la frase, decidiendo que sería mejor no decir más por ahora—. Puedes entrar y verlo ahora si quieres, Mary.

Pasan varias horas mientras vigilan al capitán Hugh McKee, cuyo nombre está ahora en boca de muchos en toda Irlanda del Norte como el hombre que mató al mariscal Bagenal. La gente ya se refiere a McKee como un héroe en lo que ahora llaman la Batalla del Vado Amarillo, debido al color del vado donde tuvo lugar la batalla.

La historia de conflictos de Irlanda se remonta a tiempos inmemoriales. Los irlandeses están orgullosos de su herencia y ansiosos por mantener intactas no sólo sus tierras, sino más importante aún, su religión y su forma de vida. En lo que a ellos respecta, los ingleses, que han abandonado el catolicismo en favor del protestantismo, actúan más por una cuestión de conveniencia para adaptarse a sus estilos de vida decadentes que por un sentido de fe. El pueblo gaélico ha valorado durante mucho tiempo su independencia y está dispuesto a arriesgar sus vidas para preservar sus creencias.

Como resultado, los clanes irlandeses han decidido que, en lugar de luchar entre sí, como lo han hecho durante siglos, se unirán para repeler a los ingleses. Al reunir a los clanes en un esfuerzo conjunto, y con la ayuda de los españoles, que también defienden su causa, se comprometen a permanecer independientes de los ingleses. El resultado del presente conflicto da peso y sustancia a su deseo de continuar con su independencia. Desafortunadamente, incluso en la victoria, la miseria también puede ser una compañera, como lo es ahora para ellos.

Ya en la habitación, Mary no está segura si su esposo puede escucharlo que ella dice, pero aun así imagina que él sí puede entender y sentir todo lo que ella dice y hace. Toma las manos de su esposo en las de ella. Para pasar el tiempo y, con suerte, también para hacer algo beneficioso para él, le cuenta la historia de cómo se conocieron.

El suyo era un amor imposible. Si bien el padre de Mary, que era uno de los miembros más antiguos del clan MacDonnell, siempre había querido que ella se casara con alguien dentro de su propia clase social, ella se enamoró de Hugh McKee, que no poseía tierras y a quien conoció porque criaba ganado para los MacDonnell. Ella nunca olvidará el día que lo vio por primera vez. Una vez al año, los miembros mayores del clan de la zona organizaban un festival para aquellos que eran leales y trabajaban para ellos.

En ese momento, Mary tenía solamente 14 años y Hugh tenía 18. Aunque no hablaron, a través de las miradas que intercambiaron, cada uno hizo la promesa de conocerse mejor. A partir de ese momento aprovecharían todas las oportunidades que pudieran para verse, pero no fue hasta el año siguiente en el mismo festival que finalmente tuvieron la oportunidad de hablar. Sin embargo, su noviazgo fue cortado de raíz por la madre y el padre de Mary, quienes le prohibieron hablar con cualquiera de los trabajadores, y en particular con Hugh McKee.

A Mary no le faltaron pretendientes en los años siguientes, y sus padres hicieron todo lo posible para presentarle candidatos adecuados para el matrimonio, pero ninguno hizo que Mary sintiera lo que sentía cuando estaba cerca de Hugh. Había algo en su sonrisa y en la forma en que la miraba que la derritió de adentro hacia afuera. Sin duda, casarse con cualquiera de estos hombres que le trajeron sus padres le habría proporcionado una vida de ocio, pero no estaba interesada en ninguna de ellos, ni en tener ese tipo de estilo de vida.

Hugh y Mary empezaron a verse a escondidas, encontrándose donde sabían que nadie podría descubrir sus indiscreciones. Cuando estaba con él, se perdía en su ingenio y en su capacidad para hacerla reír. Quizás esto sea lo que más la atrajo de él. Ella se reía de sus travesuras, lo que solo lo animaba a ser aún más tonto, hasta el punto que a veces ambos literalmente rodaban por el suelo de risa.

Cada vez que aparecía un nuevo pretendiente para intentar impresionarla, en lo único que podía pensar era en Hugh. En la opinión de Mary, no había clases altas y bajas involucradas en su relación, sino veía a un hombre que la hacía sentir bien y al que le importaba poco lo que los demás pensarán de él. Por el contrario, quienes acudían a verla intentando ganar su interés parecían estar en constante competencia. Parecía que cada uno hacía lo mejor posible para impresionarle tanto a ella como a sí mismos.

Después de rechazar varias propuestas de matrimonio, su padre finalmente tomó una posición, diciéndole que encontraría una pareja adecuada para ella y que ese sería el final de la historia. Después de todo, ella ya tenía casi 20 años y, según él, casi era una solterona. Lloró durante días, se negó a comer y permaneció en su habitación, sin hablar con nadie. Cuando por fin salió, se mostró reservada y monosilábica en sus respuestas a las preguntas sobre su condición y cómo se sentía.

Le envió un mensaje a Hugh para que se encontrara con él en uno de sus lugares favoritos cerca del lago. Estaba angustiada y preocupada de que su padre cumpliera su promesa de casarla con alguien de su elección. Si bien ella y Hugh habían hablado antes

sobre la posibilidad de casarse, de tener hijos y de envejecerse juntos, Hugh temía que, si se acercaba a su padre, que éste simplemente se desharía de él y lo enviaría lejos para no volver nunca más. No podía soportar la idea de no volver a ver a Mary. Ella insistió en que Hugh hablara con su padre, dándole finalmente el valor que necesitaba para pedirle su mano en matrimonio.

Hugh fue a ver a MacDonnell y al principio no pudo conseguir audiencia. Hugh persistió y finalmente pudo hablar con el señor, quien se mostró incrédulo con su propuesta, una vez que escuchó lo que Hugh tenía que decir. No podía creer la audacia del chico. Sin embargo, Hugh se mostró imperturbable y le dijo al padre de Mary que él la sustentaría y le daría una buena vida. Cuando se le preguntó cómo planeaba hacer eso, siendo poco más que un pastor de ganado nómada, Hugh le dijo firmemente al hombre mayor que no estaba exactamente seguro de cómo iba a hacerlo, pero que no tenía ninguna duda de que podría mantenerla en todo momento y con cualquier necesidad que tuviera, tal como él lo había hecho para sí mismo desde que quedó huérfano a una edad temprana.

El padre de Mary quedó impresionado con la compostura del joven y la forma en que se comportaba bajo escrutinio. Tenía que admitir que a lo largo de los años Hugh había sido leal, haciendo todo lo que le habían pedido que hiciera, y algo más, y al mismo tiempo admiraba el coraje que mostraba el chico para venir a hablar con él, sobre todo después de saber de su posición con respecto a cualquier tipo de relación entre él y su hija. Después de hablar del asunto con su esposa, finalmente acordaron dar su bendición al matrimonio. Como parte de la dote para María, se les dio un terreno cercano para trabajar.

Mary le cuenta la historia a Hugh, mientras los demás vigilan y escuchan. Aunque Samuel ha escuchado esta historia muchas veces anteriormente, escuchando a su madre contársela ahora a su padre inconsciente, es como si Hugh la estuviera escuchándolo por primera vez. A pesar de su corta edad y falta de experiencia, entiende el punto del cuento. La unión de sus padres, y su posterior matrimonio, se fundamentó en el amor, no en la conveniencia.

Entonces sucede algo que cada uno de ellos recordará por el resto de sus vidas. El propio Hugh O'Neill viene a su casa para ofrecer sus respetos y agradecer a Hugh McKee por su servicio. Para entonces ya se había corrido la voz por todo el territorio, no sólo de su resonante victoria, que envió a los ingleses de regreso con el rabo entre las piernas a Armagh, sino también de la valentía de McKee al derrotar a Bagenal, incluso después de que casi le quitaran la pierna. Como suele ocurrir, a medida que la historia se cuenta una y otra vez, ciertos detalles se omiten, mientras que otros se realzan, pero el hecho subyacente permanece sin cambios. En sus ojos, el capitán Hugh McKee es un héroe.

Después de hablar con los dos soldados que acompañaron a McKee desde el campo de batalla, O'Neill entra al dormitorio, se arrodilla junto a la cama, reza una oración por Hugh y hace la señal de la cruz mientras lo hace.

Una vez que termina, O'Neill se levanta y se dirige a Mary quien está sentada en la cama al lado de su esposo. Toma las manos de Mary en las de él.

—Nunca olvidaré lo que hizo el capitán McKee en el campo de batalla, señora —le dice a Mary—. Es un hombre muy valiente y sus acciones no quedarán sin recompensa. Además, somos hermanos de nombre de pila, y ahora estamos unidos para siempre en espíritu, debido a sus acciones para proteger nuestra libertad.

Samuel ha oído hablar de Hugh O'Neill muchas veces antes, pero esta es la primera vez que lo ve en persona y parece más grande que la vida. Hay algo en su comportamiento, su presencia y su carisma que inspira respeto. Ver cómo otros le dan reverencia a este hombre legendario y cómo reaccionan ante su presencia permanece grabado en la mente del niño.

—¿Tengo entendido que tu padre es John MacDonnell? —le pregunta a Mary.

Ella asiente.

—Dios sabe que he tenido mis diferencias con los MacDonnell a lo largo de los años, pero como sabes, ahora nos hemos unido para sacar a esos bastardos, los ingleses, de nuestras tierras.

Mary no dice nada, sino que presta la mayor atención que puede, dada su pena, a este hombre que ha desempeñado un papel tan importante en la lucha de los irlandeses por permanecerse independientes de la Corona.

—Tenemos que darnos cuenta de que no somos enemigos unos de otros —dice O'Neill—. Los enemigos son los ingleses que están tratando de imponernos su forma de vida. Si quieren ir en contra de la voluntad de Dios e ir todos al infierno, entonces que lo hagan, ¡pero no dejaré que entren a nuestras tierras y a nuestros hogares para convertirnos a sus caminos abandonados por Dios!

<<Debemos permanecernos fuertes y unidos frente a esta amenaza a nuestra independencia. Durante cientos de años hemos vivido según nuestros propios términos y no podemos permitir que eso cambie. Por supuesto, hemos tenido nuestros propios problemas y nadie es irreprochable. Somos, después de todo, simples mortales, pero Dios es testigo de que procuro defender nuestras tierras y nuestros derechos hasta el día de mi muerte.

Cuando O'Neill termina con su breve discurso, se vuelve hacia McKee y se inclina sobre él, haciendo la señal de la cruz una vez más, esta vez en su frente.

—Dios te bendiga Hugh McKee —le dice O'Neill—, nos has hecho un gran servicio a todos y, como ya le dije a tu esposa, tu valentía no quedará sin recompensa.

Se levanta, baja levemente la cabeza Mary, da la vuelta y sale por la puerta.

Después de que O'Neill se va, el sacerdote, que ha sido llamado por el médico, entra en la habitación. Al verlo, Mary una vez más comienza a llorar incontrolablemente. El médico toma a María suavemente por los hombros.

—He hecho todo lo que puedo por él, Mary. Perdió demasiada sangre. Lo siento, pero no hay nada más que podemos hacer por él. —La angustia del doctor de no poder salvar a Hugh resuena en su voz mientras habla.

Se administran los últimos ritos, y todos, menos el sacerdote, María y el médico, se van. Samuel espera afuera con los demás mientras el sacerdote realiza su ritual. El ambiente es sombrío y todos están cansados por la emoción del día. Desde que descubrió que su padre estaba herido, Samuel siente que ha pasado una eternidad, aunque en realidad solo han pasado unas cuantas horas.

Samuel no tiene la edad suficiente para entender muchas cosas, pero sí entiende una con seguridad. Lo que acaba de suceder tendrá un gran impacto en su vida y las de su familia. Cuando piensa en todas las cosas que hace su padre por ellos, no puede imaginar cómo intentarán ocupar su lugar y arreglárselas ahora que él se ha ido.

Tal como están las cosas, tendrán que hacerlo a juro, no queda otro remedio. Como el menor de sus hermanos, probablemente no tendrá que cargarse con todo el peso de lo que está por venir, pero sabe que seguramente tendrá que ayudar mucho más de lo que ha hecho hasta el día de hoy. Por ahora, los pensamientos de lo que podría ser, o de lo que ya fue, parecen demasiado turbios y oscuros para mantener la atención del niño por más de un instante.

Lo único que sabe es que siente una tremenda sensación de vacío y tristeza que envuelve su cuerpo, sus sentidos y su ser. Es un sentimiento que jamás olvidará. Samuel está paralizado y estupefacto cuando el sacerdote finalmente sale de la habitación con su bendición final:

—Que el capitán Hugh McKee descanse en paz.